

SI TE ENFERMAS EN VENEZIA

¿Puede una enfermedad lograr que te vuelvas residente
de la ciudad más literaria de Europa?

un texto de **valeria luiselli**
ilustración de **mario segovia guzmán**





*Sólo le
pido a Dios*

que tenga piedad con el alma de este ateo», reza el conocido epitafio de Miguel de Unamuno. Hay quienes encuentran alguna salvación, el último y dichoso giro de tuerca, en el *après la lettre* de una existencia llena de frutos. Los demás, debemos preocuparnos por que lo poco que dejemos no se vuelva contra nosotros en la sentencia final que nos estampan en la tumba. O estaremos dando metafísicas patadas de ahogado: «No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí».

Nada de esto me preocuparía, estoy segura, si no fuera porque mientras *papaloteaba* por el centro de la ciudad de México, haciendo tiempo antes de una cita, acabé entrando a lo que yo pensaba sería un mero jardín y resultó un cementerio. No cualquier cementerio, sino el mismísimo camposanto donde están las tumbas de nuestros héroes nacionales Juárez, Miramón, Comonfort, Guerro y Zaragoza.

Llevaba conmigo un libro y lo único que quería era sentarme a leer en un espacio callado



mientras llegaba la hora de la cita. El policía de la entrada, como todos los policías en las puertas de los recintos oficiales de esta ciudad, se me puso enfrente y me preguntó que qué o a quién buscaba. Nada –le dije–, a nadie, sólo quiero leer. Me explicó que San Fernando no era biblioteca, pero que si quería pasar a ver la tumba del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, apuntara mi nombre, la hora de entrada, la fecha y mi firma en una libretita que me extendió. Y de una vez apúntele la hora de salida –me dijo–. Entré en el cementerio de buena gana y en ánimo de paseo escolar extemporáneo.

Después de una repasada de las tumbas que nos dieron patria, me busqué un rincón tranquilo y abrí mi libro. Fue quizá en un momento de distracción de la lectura cuando alcé la vista y vi la inscripción sobre la lápida que tenía delante de mí: Joaquín Ramírez (1834-1866): «Artista insigne y malogrado dejó este mundo para ir a su verdadera patria». No se me ocurre otra forma tan elegante y al tiempo cruel de mandar a alguien al infierno. Imaginé con terror lo que podría ser de mí a los treinta y dos, edad en que murió el pobre Ramírez, y en lo que podrían escribir sobre mi tumba si me muriera en unos años.

Por ese entonces, llevaba en Venecia unos meses trabajando un ensayo sobre Joseph Brodsky. Había visitado la tumba del poeta en el cementerio de San Michele y escrito algunas cuartillas sobre los viajes que hizo a la isla. Cuando terminé el ensayo me juré nunca más escribir sobre aquella ciudad, simplemente porque estoy convencida de que no hay nada más vulgar que agregar páginas a las miles que ya existen sobre la más librescamente mentada de las ciudades. Pero sentada frente a la tumba de Joaquín Ramírez, me pareció escuchar una voz como venida de la ultratumba de mi conciencia, condenándome al mismísimo destino –esa «verdadera patria» de todos los malogrados–, si no dejaba dicho todo esto por escrito.

Además, parece que esto de contradecirme empieza a arraigarse como costumbre. Y dado que siempre me he enorgullecido de ser, a la Corleone, persona fiel a sus costumbres, voy a pasar por alto el hecho de que se trata de un hábito a todas luces reprochable. Así, aunque sea por pura superstición o por lealtad a mis rutinas, sé que debo hacer el intento de escribir estos párrafos: no se me tomen demasiado en serio y dispéñenme los grandes desde sus tumbas por mencionar en ellos a su Serenísima.

Cuando una persona con más de un gramo de inteligencia piensa repetidamente sobre el problema de su identidad, suele llegar, más tarde o más temprano, a conclusiones bastante inteligentes, incluso originales. Yo, sin embargo, jamás he podido darle demasiadas vueltas a esa clase de temas y, por lo tanto, nunca he llegado a ninguna conclusión interesante sobre mí misma. Aunque no lo parezca, crecer en una familia atea, liberal, comprometida pero nunca militante tiene, en la gran mayoría de las personas, consecuencias devastadoras. Crecer sin un trasfondo rígido de creencias religiosas, políticas o espirituales implica que difícilmente se tendrá después una crisis verdadera. Si el punto de partida es la cómoda pasividad del que se declara agnóstico desde los doce años, sin jamás haberse pregun-

peor de los casos, a conocerse un poco mejor a sí mismos. «El demonio de la duda –escribe T. S. Eliot– es indisoluble del espíritu de la fe».

Pero como ya he dicho, desafortunadamente, yo nunca he tenido mayores crisis ni conflictos de identidad. Mucho menos he tenido conflictos con asumir una identidad nacional. Aunque casi nunca he tenido residencia fija en México y, gracias a un *nonno*, mi familia y yo tenemos la nacionalidad italiana, siempre supe que México era mi país –y no por un acto de fe auténtico, sino por una especie de pereza espiritual–. Incluso, a diferencia de muchos niños mexicanos, durante mi infancia me disfrazaban de china poblana cada 15 de setiembre y yo no ponía resistencias ni mostraba un solo signo de rebeldía (si yo tuviera un hijo así, sin un solo síntoma de ser dueño de un espíritu rebelde, me preocuparía muchísimo). Desde niña, acepté pasivamente el paquete completo de la mexicanidad como muchos aceptan el catolicismo, el islam, el vegetarianismo o la papilla.

Mi única crisis duró quince o veinte minutos una tarde de verano en el Periférico de la ciudad de México. Justamente a la



Los médicos privados en Venecia son para turistas adinerados, así que al día siguiente yo tendría que usar mi pasaporte italiano para sacar la residencia permanente en esa comuna; luego tramitaríamos una cartilla médica y, finalmente, podría ir con el médico del barrio. Traté de explicar que esas cosas tardan meses, y que yo tenía un dolor insoportable. Pero el amigo que me acompañaba me respondió que «Nunca hay que perder la esperanza»

tado realmente sobre esos asuntos importantes y muy serios como lo son Dios, la muerte, el amor, el fracaso o la soledad, no hay futuro posible para esa persona. Las virtudes que brindaría a alguien el escepticismo se convierten, en el agnóstico precoz, en terribles manos que estrangulan y sofocan la de por sí milagrosa capacidad de un individuo para preguntarse por las cosas. Y al revés, las personas inteligentes que crecen creyendo firmemente en algo y, al llegar a cierta edad, se dan cuenta de que todo lo que creían era susceptible de la duda, la descarnada duda, pueden de veras gozar una crisis profunda que los llevará, en el

altura de la salida a Altavista, hay un pequeño jardín raquítico, en forma de rombo, que quizá sobró –o quizá, en el fondo, faltó– cuando terminaron de trazar el entronque de la lateral con la avenida que baja hasta el mercado de flores de San Ángel. Hace unos años, por alguna razón que desconozco, mi padre consiguió que alguien donara tres palmeras y un poco de pasto para hermosear el relingo. Cuando terminaron de restaurar el jardín, mi padre nos declaró –en un acto privado de amor paternal que, de haber sido público, habría sido un gesto de tremenda cursilería nepótica muy a la mexicana– que cada una de las palmeras se llamaba como sus tres hijas: la más grande, como la mayor; la mediana, como la de en medio; la chica, como yo. Pasó algún tiempo y un domingo por fin nos convenció de ir con él a visitar el lugar.

Cuando llegamos nos alineó en la banqueta de la lateral del Periférico y nos dijo: Miren, hijas, denme la mano (mi padre, cuando se emociona, pide que le den la mano), ahí están ustedes tres, heroicas palmeras a la sombra del Segundo Piso.

Pero no eran tres. La palmera más chica ya no estaba. Quizá me mintieron desde el principio y en realidad sólo hubo dinero para dos (mi padre sigue jurando que eran tres, que se acuerda perfectamente). Puede ser. Y si no era mentira, y yo le asignaba algún valor simbólico al hecho de que mi palmera ya no estaba, debía preocuparme por mi fatal destino. Si mi palmera no había arraigado, tampoco yo llegaría a ser nunca una heroica ciudadana a la sombra del Segundo Piso. Nunca echaría raíces en este gran rombo de asfalto que le sobró –o le faltó– al país.

Pero, repito, aquél fue el único incidente dramático relacionado con mi identidad nacio-

esos juegos y prefería no hacer el ridículo tratando de coordinar las manos y la voz a esas velocidades. Pero estas niñas eran ambas muy coordinadas y estuve un rato mirándolas, francamente deslumbrada por su coordinación motriz fina, y sin prestar demasiada atención a lo que cantaban. Hasta que llegó el estribillo: «I don't wanna go to Mexico no more, more, more: there's a big fat police man at the door, door, door [...]». Comparada con la canción del marinero, ésta era mucho menos inocente.

–¿Dónde oyeron esa canción? –les pregunté en un breve silencio que hicieron cuando una de ellas se distrajo y perdió el ritmo.

–At schoool –dijo la más gordita.

–¿Son de México?

–Yes –siguió la grandota–. But we're both from Queens.

–We live in Queens –corrigió la menos gordita.

–¿Y ya no quieren vivir en México?

–No (más gordita).

–It's just a soooong (menos gordita).

¿Qué derecho tiene un mexicano estudiante de posgrado, en los Estados Unidos, de decirle a un niño mexicano, inmigrante,



Dos niñas inmigrantes mexicanas en el metro de Nueva York cantaban: «I don't wanna go to Mexico no more». «¿Dónde oyeron esa canción?», les pregunté. «At schoool». ¿Qué derecho tiene un mexicano estudiante en Estados Unidos, de decirle a un inmigrante, que México no está tan mal? Antes de bajarme les dije que ser mexicano era mucho más cool que ser gringo. Fuera del vagón, me sentí infinitamente tonta

nal. Y a pesar de él, mi incondicional arraigo no menguó. Incluso mantuve hace unos años una breve pero intensa charla con dos niñas mexicanas regordetas que conocí en el metro de Nueva York. Las niñas estaban sentadas justo enfrente de mí, en dos sillas de la hilera opuesta a donde me encontraba. Jugaban uno de esos juegos que consisten en aplaudir y chocar las manos mientras se canta una canción, generalmente repetitiva y sin mucho contenido. La que más se cantaba en mi generación hablaba de un marinero que se había ido a la mar y mar y mar. En todo caso, es la única que recuerdo porque yo era torpe para

que México no está tan mal? Ninguno, probablemente. Pero antes de bajarme del metro, corriendo el riesgo de que la mujer que las acompañaba me diera un bolsazo, les dije a ambas que ser mexicano era mucho más cool que ser gringo. Cuando puse un pie afuera del vagón, me sentí infinitamente tonta, pero eso sí, muy denme otro tequila.

«No se puede pisar dos veces el mismo asfalto», escribe Joseph Brodsky después de un viaje a Venecia. Alguna maldición ha de tener esa isla: mi firme patriotismo e incondicional arraigo en las banquetas de la ciudad de México comenzó a languidecer

precisamente durante un viaje a esa ciudad. La excusa para visitar la isla era perfecta: yo estaba escribiendo sobre Brodsky –que está enterrado frente a la ciudad, en el cementerio de San Michele–, tenía algunos ahorros y, para coronar el asunto, un amigo veneciano conocía a la nieta de Boris Pasternak, quien presumía haber heredado algo de la correspondencia entre su laureado abuelo y el poeta ruso, y habíamos convenido que ella me enseñaría y traduciría aquellas cartas.

Llegué a la isla de la manera menos poética y más barata: un poco enferma y en autobús. Cruce el puente desde el estacionamiento de la Piazzale Roma hacia la zona de pensiones económicas: ni un solo cuarto vacante. Empezaba a sentir un dolor agudo a la altura del vientre. Por recomendación de un recepcionista veneciano amable, combinación rara, terminé tocando a la puerta del Convento delle Suore Canossiane. Dejé mis

Durante mucho tiempo creí que la literatura podía ser como una gran casa, territorio sin fronteras que daba albergue a quienes no sabemos estar en ninguna parte –«Anywhere Out of the World!», como dice aquel poema de Baudelaire–. Qué mecanismos tienen lugar en nuestro interior para llegar a convencernos de que ciertas metáforas –que algunos utilizan a la ligera sólo para ilustrar su punto– son aplicables a nuestra propia vida me es un misterio. Nada más lejano a la verdad, en mi vida al menos, que la metáfora de la literatura como un lugar habitable, una morada verdadera. En el mejor de los casos, los libros que leemos, como los textos que escribimos, se parecen mucho a ciertos cuartos de hotel donde entramos exhaustos, a medianoche, y de los cuales nos expulsan a mediodía. O viceversa, como en esta ocasión. Sin embargo, viéndolo desde un punto de vista plenamente realista, los libros ni siquiera nos prestan un colchón para dormir ni tienen una regadera con agua caliente. Resolví, después de darle pocas vueltas y sentir que el dolor de vientre se inflaba como una pelota dentro de mí, llamar a la única persona que conocía en Venecia.



«No se puede pisar dos veces el mismo asfalto», escribe Brodsky después de un viaje a Venecia. Alguna maldición ha de tener esa isla: mi incondicional arraigo en las banquetas de la ciudad de México comenzó a languidecer durante un viaje a esa ciudad. Llegué de la manera menos poética: enferma y en autobús. Pensé pasar la noche leyendo a Brodsky en una banca. La idea era romántica, pero el dolor en el vientre empezaba a ser insoportable

maletas en un pequeño cuarto del convento y salí a la calle a despistarme un poco del dolor. Pero me despisté poco del dolor y mucho del sentido del tiempo en la ciudad, porque cuando regresé al convento las grandes puertas de madera que protegen a las monjas del vulgar mundo exterior ya estaban cerradas y no había manera de tocar un timbre o una campana para reclamar a las canosianas mi derecho a una cama ya reservada y pagada. Asumiendo la derrota, pensé que podría pasar la noche leyendo a Brodsky en una banca. La idea era romántica, pero el dolor en el vientre empezaba a ser insoportable.

No hago más larga una historia que en realidad fue breve y feliz. Llamé a mi amigo veneciano, le expliqué mi teoría de la pelota dolorosa y fue a recogerme, *arrivo subito*, afuera del convento de las canosianas para llevarme a su casa. Cuando empezamos a caminar le pregunté por la posibilidad de ir de inmediato al doctor, pero me explicó que los médicos privados en Venecia eran para turistas adinerados y cobraban muy caro, así que al día siguiente haríamos buen uso de mi pasaporte italiano para sacarme la residencia permanente en la comuna de Venecia; luego, tramitaríamos una cartilla médica y, finalmente, yo podría ir con el *dottore* Stefano, médico del barrio en el extremo sudeste de la isla. Le traté de explicar que esas cosas tardan meses, y que yo tenía un dolor insoportable. Pero me respondió con un «Nunca

hay que perder la esperanza», y lo dijo en un tono tan profético y tan en plena Venecia, que tuve que guardar silencio.

Al día siguiente, fui al registro en compañía de amigo: no había nadie haciendo fila y en diez minutos me dieron un código fiscal. Luego, visitamos una oficina donde nos declaramos en unión libre –*coppia di fatto*, como dicen ellos–, para que a mí me pudieran asignar una dirección postal. En aquella oficina tampoco había nadie, salvo tres sombras de burócratas leyendo el periódico. La burócrata que nos atendió nos felicitó por la unión libre y me dijo, después de estampar dos o tres papeles: «*Adesso, sei veneziana*». Todavía no terminaba de digerir las palabras de la amable signora, cuando ya estábamos adentro del Ministerio de Salud, donde se tardaron aproximadamente dos minutos en hacerme una cartilla médica. Así, en cuestión de un par de horas, entré en la vida fis-

Existen escritores que inventan ciudades y se adueñan de épocas enteras con la empuñadura de la pluma y el filo de genio: el Londres de Chesterton y Johnson, el París de Rousseau o Baudelaire, el Dublín de Joyce. También hay quienes, a fuerza de lecturas, soledad y horas quietas, conquistan territorios literarios, paradigmas filosóficos, espacios imposibles: la torre de Montaigne, el claustro de Sor Juana Inés de la Cruz, la tumba de Chateaubriand. Hay personas que, con la paciencia de un jardinero, cultivan el arte del aforismo durante toda una vida y lo miran florecer –tarde quizá, pero rotundamente– bajo sus pies: tal es el caso de Wittgenstein y de un italoargentino de cuyo nombre no me acuerdo nunca. Otros, construyen historias como palacios extraordinarios o islas desiertas que luego habitan, como un personaje más de su misma obra –quizá por ahí anden Sebald, Melville, Conrad y Defoe–. Y otros más que, entregados al oficio arduo de escardar su propio lenguaje, terminan echando raíces en páramos desiertos, pero, eso sí, colmados de humus poético: «A heap of broken images where the sun beats», escribe T. S. Eliot de su TIERRA BALDÍA. Y hay quienes,



Para poder usar los servicios públicos de salud, mi amigo y yo visitamos una oficina de Venecia donde nos declaramos en unión libre. Ya en el Ministerio de Salud, se tardaron dos minutos en hacerme una cartilla médica para atenderme del dolor. Así, en cuestión de un par de horas, entré en la vida fiscal italiana, obtuve una dirección en Venecia, un doctor y me volví residente de una de las ciudades en el mundo que tiene menos población

cal italiana, me hice de una *coppia di fatto*, obtuve una dirección en Venecia, un doctor y, en suma, me volví residente de una de las ciudades en el mundo que tiene menos población fija y que más residentes pierde por año. No sólo eso, sino que además pude ser testigo de una Venecia invisible y posiblemente en peligro de extinción: la ciudad vacía, húmeda y silenciosa de las oficinas de gobierno. Si aún existe una Venecia tolerable, es la de estos paraísos burocráticos. Alrededor de las cuatro de la tarde, me desplomé en las manos del *dottore* Stefano, quien me curó –todo gratis– con una sola pastillita amarilla.

por más que se empeñan, se ganan sólo un rincón en el infierno. Yo, que he ensayado sin el menor fruto algunas de aquellas cosas, tengo, sin embargo, la dicha de ser residente en una de las ciudades más literarias y librescas –y no por la bendición de una pluma agraciada ni tampoco por fidelidad de las musas–. Lo que es peor: ni siquiera por el sudor de la frente y del puño, sino a causa de una terrible –aunque muy frecuente, y por ello bastante vulgar– enfermedad de la vejiga: la innoble cistitis bacteriana.

Pero me reconforta pensar que si muero *malograda*, como murió Joaquín Ramírez, nadie me andará mandando a mi «verdadera patria» porque, sin un dejo de crisis identitaria y todavía pasivamente atea, habré asumido una falsa residencia permanente en la Serenísima República de Venecia.★